

tardo del corazon y no volver á presentarse en casa de Elisa; pero sus resoluciones cedian al imperio de la frágil naturaleza, y á poco de haber creído tomar una determinacion invariable, la quebrantaba sin poder resistir al deseo de verla.

La esposa de Diego ignoraba lo que pasaba en el corazon de aquel hombre que, conociendo los sagrados deberes que le imponia la amistad, se guardaba muy bien de manifestar el fuego criminal que le abrasaba. Así es que viéndole siempre respetuoso, atento y servicial con ella, llegó á cobrarle ese sincero cariño que engendra la gratitud, y que nos hace apreciable la compañía de la persona en quien se ven reunidas tan bellas cualidades.

Sin embargo, la pasion de D. Emilio era cada vez mas vehemente, mas terrible, mas intensa. Amaba á Elisa con toda la energía, con toda la fuerza, con todas las veras de su alma, y la llama de su amor no podia permanecer por mas tiempo oculta.

Don Emilio, en uno de aquellos momentos en que el corazon reventando de amor

y de pena rompe los diques de la consideracion y el temor, se arrojó á los piés del idolo que embellecia su existencia, y le confesó su inextinguible pasion.

Elisa, asombrada de aquella declaracion, le hizo presente, con la mayor dulzura, el deber que de respetarla se habia impuesto al aceptar el cargo de un amigo que le confiaba lo que tiene en mas estima un esposo.

—¡Ah! sí....—Exclamó D. Emilio arrebatado por el delirio del amor:—¡Conozco que soy el hombre mas criminal del mundo.... un miserable que abusa de la confianza que ha inspirado al mas leal de los amigos....! Pero ¡ah! perdóneme vd., Elisa.... perdóneme vd. por piedad! Yo habia hecho esfuerzos inauditos por ahogar en mi pecho esta pasion que insensiblemente se ha ido enseñoreando de toda mi alma, de todo mi sér, de toda mi existencia! Pero el volcan encerrado en mi pecho, que me abrasaba, que me consumia, tuvo que hacer la explosion.... tuvo que arrojar la lava que le devoraba! Sí; yo tenia una necesidad imperiosa de expresar lo que sentia.... porque el



silencio me prensaba el corazon, me ahogaba, me hubiera matado.... Era preciso que dijese á vd. que la adoro.... que la idolatro con toda la fuerza de una pasion inextinguible, verdadera; con la energía, con el delirio con que se ama por primera vez.... porque vd. es, Elisa, la primera mujer que yo he amado.... la primera que ha interesado mi corazon.... la primera que he visto bella y virtuosa, como los ángeles del cielo! Porque vd. es el encanto de mi existencia... la vision perfecta, aérea, vaporosa, que me presentaba en sueños la imaginacion como al sér predestinado por Dios para que yo amase.... para que viviese con el balsámico aliento de su hechicera boca, con la luz de sus divinos ojos.... para que me embriagase con su seductora mirada.... con la dulce armonía de su acento.... para que nuestras almas, henchidas de amor, se mezclasen, se confundiesen.... se enlazasen para no separarse jamás.... para formar una sola....!

Y los ojos de D. Emilio estaban cubiertos de lágrimas, de ternura y de amor, al pronunciar estas palabras.

Elisa le volvió á suplicar con una voz mas dulce que la brisa matinal, que dominase el devorante fuego de su desgraciada pasion; que le compadecia, que le perdonaba, pero que le pedia, en nombre de la amistad, en nombre de aquel mismo amor que decia consagrarle, respetase la memoria del desgraciado Diego, á quien nada quedaba sobre la tierra mas que el amor y la virtud de su esposa.

Don Emilio, contenido por aquella súplica, dulcificó sus palabras, suplicó que no le retirase su aprecio por la declaración que, arrastrado de la ardiente pasion que le devoraba, acababa de hacerle, y se despidió triste y abatido, llevando en su pecho mas que nunca grabada la imágen de aquella mujer que atesoraba en sí sola todos los encantos de su sexo, y en cuyo rostro celestial se veían admirablemente combinadas la modesta sencillez y la respetuosa dignidad, el claro talento y la candidez del alma, la inocencia y la capacidad, la franca urbanidad y la moderacion de la virtud.

Atraído por las seductoras gracias de



aquella mujer, D. Emilio continuó sus visitas con el mismo afán, con el mismo empeño, revelando en su semblante los sufrimientos del corazón, y en sus melancólicas miradas, la pasión íntima y la terrible agitación de su abrasado pecho.

Entre tanto, D. Diego, entregado en su destierro al detestable vicio del juego, no tenía para su hermosa mujer ni una palabra de cariño ni de gratitud. Desde su partida no le había escrito, y Elisa lloraba á sus solas el olvido de su ingrato consorte, cuya memoria no se apartaba de su mente un solo instante.

—¡Me desprecia.... me aborrece.... no se acuerda de mí!

Solia exclamar la infeliz cuando nadie la escuchaba; y las lágrimas y los sollozos daban salida á la amarga pena que le prensaba el corazón.

Así trascurrieron algunos meses.

En uno de esos momentos en que el alma se encontraba triste y conmovida con la consideración de la ingratitud, D. Emilio, tierno y apasionado como siempre, une

al sentimiento de la hermosa el suyo, toma parte en sus penas y le dirige palabras de consuelo y de compasión, que conmueven á la hermosa.

¡Oh...! ¡qué terrible contraste existía entre el adusto carácter de D. Diego, su brusco acento, su altivez y sus desprecios, y la fina educación, la dulzura, la afabilidad y cariño de Landeta!

En aquel, la pasión al juego había acabado con todos los generosos sentimientos del alma. En éste, el amor, ese afecto fecundo en poesía, en elocuencia y ternura, comunicaba á sus palabras una dulzura irresistible, una suavidad conmovedora, que cautivaba halagando.

El primero, desatento y rudo, no había tenido para su esposa mas que desprecios y desaires cuando se encontraba á su lado; indiferencia y olvido en la ausencia: el segundo, anhelante por complacerla, buscaba todas las ocasiones de servirla, de atraerse su voluntad, de complacerla en todo.

Elisa sola, abandonada, lloraba la ingratitud del hombre que le había jurado amar



hasta la muerte! ¡Nada sabia de él!... Ni un solo renglon, ni una sola letra le habia escrito!...

Don Emilio la atiende, está á su lado, estrecha entre sus manos la redonda y blanca de la hermosa..... su aliento quema sus mejillas.... y las lágrimas de amor se mezclan con las del sentimiento y la pena.....

Era uno de esos instantes de abandono, de dulzura, de languidez y de voluptuosidad en que la razon ofuscada por el velo de un placer desconocido, no ejerce dominio alguno sobre el alma. Uno de esos momentos en que la brisa, la luz, el aire que se aspira, el ruido de las palabras y la agitacion del pecho, adormecen con su delicioso encanto, nos fascinan.... nos enloquecen.... nos embriagan.....

Elisa fué víctima de ese instante.

Pero cuando pasado aquel delirio, pesó todo el tamaño de su falta, la indignacion ocupó el lugar del cariño, y exaltada, furiosa y sin consuelo, mandó salir de su casa y que nunca se presentase en ella; al que no habia sabido respetarla y compadecerla.

En vano trató D. Emilio de vencer aquella resolucion.

Elisa, firme en su propósito, no permitió que volviese á pasar el umbral de la puerta, y se propuso expiar un solo momento de error, con todos los sacrificios que mas duros y terribles considerase.

Y nunca omitió ninguno.

Desde el instante en que miró empañado el brillo de su virtud, rehusó recibir la mesa destinada á cubrir sus necesidades, y redujo sus gastos á lo que le producía el trabajo de costura á que se dedicó desde entonces, suplicando á sus amigas le enviasen á su casa lo que habian de dar á coser á una persona extraña.

Aquel rasgo de abnegacion hizo comprender á D. Emilio todo el daño que con su pasion habia causado á la mujer que, desde aquel instante detestó su memoria y no tuvo momento de paz y de tranquilidad.

En vano, arrepentido, trató de persuadir la que, pues rehusaba su amor, no rehusase la cantidad destinada á sus necesidades.

En vano tambien hizo esfuerzos por vol-



ver á visitarla. Elisa se negó á todo; y para evitar que continuase en su empeño, le escribió un papel donde echándole en cara su deslealtad hácia el mas confiado de los amigos, le amenazaba con poner en conocimiento de su esposo cuanto habia pasado.

Esta amenaza obligó á D. Emilio á no insistir, y la hermosa continuó sola y retirada, llorando á todas horas su desventura.

Por fortuna de Don Emilio, en el papel no constaba que á él se dirigía, pues habiéndesele caido de su cartera, pasado algun tiempo, y encontrándolo por casualidad el doctor Willey, hubiera podido saear grandes ventajas de él amenazándole como hemos visto que le amezaba á Elisa.

La triste esposa de D. Diego, resuelta á sostenerse por sí sola, trabajaba dia y noche, solo interumpia su faena para enjugar el llanto que nublaba sus hermosos ojos.

Pero ¿para qué continuar la relacion de los padecimientos de esta pobre mujer que aun no comprendia qué especie de vértigo se habia apoderado de ella para haberle

ofuscado por un momento hasta el grado de hacerle olvidarse de sí misma.

—¡Oh! ¿por qué, Dios mio—exclamaba la infeliz—no me quitaste la vida antes de que la manchase con el olvido de mis deberes! Libre mi alma entonces de los remordimientos que hoy la inquietan, la afligen y la atormentan sin cesar, se hubiera presentado á tus ojos menos indigna de tu compasion y de tu misericordia.... ¡Dios mio, Dios mio... piedad de mí... piedad de esta desgraciada! Tú ves que mi arrepentimiento es tan grande como mi culpa... culpa que quisiera borrar con toda la sangre de mis venas.... con todos los latidos de mi corazon.... con toda mi existencia.... Si mis lágrimas, si el renunciar á todas las comodidades de la vida, á todos los goces, pueden servir de expiacion á mi falta.... si el sacrificio de mis afectos mas íntimos y tiernos, y la abnegacion mas absoluta de mí misma, tienen á tus ojos algun mérito, yo inmolo entero mi corazon en aras de la penitencia, como un ligero abono de mi enorme culpa.



Y aquella infeliz mujer, retirándose de la sociedad, rehusando recibir favor ninguno de Landeta, encerrándose en su habitación, de donde solo salía á cumplir con sus deberes religiosos, trabajando noche y día para ganar el sustento, y pidiendo á Dios á todas horas el perdón de su falta, correspondía con sus obras á las promesas de penitencia y de abnegación que habían pronunciado sus labios.

Pero aun le faltaba por cumplir el más cruel de los tormentos para un corazón sensible y tierno como el suyo. Al fin llegó á ser madre; y al dar á luz, sin testigo ninguno á la inocente Clotilde, pues solo tenía para que le hiciese los recados una muchacha de diez años, que nada podía sospechar, tomó en brazos al triste fruto de su falta; le cubrió de besos y de lágrimas, le envolvió cuidadosamente en limpios pañales, y saliendo muy avanzada la noche de su casa sin ser vista, se dirigió á la de D. Emilio, temblándole el corazón, y pálida como un cadáver.

—¡Hija de mis entrañas!—exclamó bañada

en llanto al llegar enfrente á la puerta del edificio en que vivía Landeta.—¡Tú madre infeliz va á dejarte abandonada! ¡pero no porque no te ame, hija mia.... no porque no sienta desgarrado su corazón que contigo queda.... sino porque no debe cobijar el techo de un engañado esposo el fruto de un desgraciado desliz! ¡Ah! ¡cuando te digan que fuiste expuesta á la puerta de un poderoso, no acuses de cruel á la desventurada que te echó al mundo, ni maldigas su nombre! ¡antes compadécete de ella... del dolor que le abrumba.... de los suspiros que exhala.... del sacrificio que hace de separarse de tí para siempre.... para no llamarte jamás su hija.... para renunciar á que le des el dulce nombre de madre! ¡Sí; compadécete de ella.... porque lo que parece crueldad, desamor y abandono, es terrible sacrificio, tormento expiatorio de mi culpa! ¡Adios, hija mia... adios! Ahora que te puedo dar este nombre dulcísimo, que jamás volveré á darte.... ahora que te puedo estrechar contra mi amante y afligido pecho, quiero repetir tan tierna palabra y llenarte



de besos y de caricias, de abrazos y de lágrimas....!

Y Elisa, desolada y afligida, besó mil y mil veces la frente serena y virginal de aquel ángel inocente, derramó sobre él copioso llanto, colocó sobre su pecho un papel escrito, llamó á la puerta de la casa, imprimió sobre sus labios un ósculo maternal, y diciéndole adios por la última vez, volvió á llamar, y se colocó á larga distancia de la casa, en el hueco que formaba una puerta, esperando, sin ser vista, el resultado del paso que acababa de dar.

Poco tardó en abrirse la puerta; un criado de D. Emilio se presentó en ella, y al ver una criatura recién nacida, se inclinó á recogerla, le acarició compadecido, entró con ella á su cuarto, y al ver el papel que tenía en el pecho, subió á dar parte de lo que ocurría al señor Landeta.

El papel estaba concebido en estos términos:

“Una infeliz madre implora la caridad de vd., D. Emilio. Pobre y miserable, no tiene con que mantener ni educar á ese ángel

abandonado.... Apiádese vd., pues, de él, ya que la Providencia le ha colmado de bienes de fortuna y le ha concedido un corazón generoso! Anegada en llanto se lo suplica la mas desgraciada de las mujeres, que nunca se presentará á hacer valer sus derechos de madre, á los cuales renuncia desde este instante.”

Mientras D. Emilio se encontraba leyendo este papel, Elisa, desgarrado el corazón y anegada en lágrimas, se alejaba de aquel sitio en que dejaba el objeto mas caro de su alma.... la hija de su corazón!

Desde entonces, abatida, triste y sin consuelo, no hacia mas que rogar á Dios por la felicidad cumplida de su hija idolatrada y por la pronta vuelta de su esposo.

Así trascurrieron mas de dos años.

Elisa sabia que su hija, á quien habian bautizado régicamente, y á quien habian puesto por nombre Clotilde, crecía feliz y muy querida al lado de la bondadosa Inés y de D. Emilio, y esto templaba, en parte, su terrible pena.

Don Diego que, alzado el destierro, vol-



vió al lado de su esposa, lejos de dedicarse al trabajo y á otra vida menos disipada que la que habia originado su destierro, se entregó de nuevo al juego, y siguió tratando con el mismo despego á su mujer que, tratando de reparar su falta, no perdonaba medio alguno de complacerle y de servirle.

—¿Por qué te encuentro tan pobre y trabajando?—Le preguntó el primer día que llegó.—¿No ha querido servirte D. Emilio?

—Sí... balbuceó Elisa;—pero yo me excusé de recibir la mesada, porque no quise causarte gasto ninguno durante tu ausencia.

—¡Gasto, gasto!—Contestó con acento brusco y de mal humor Diego.—Si no querías gastar, podrias haber ido guardando lo que te diese para cuando yo llegase.

—Ademas, temí molestarle, y....

—Lo que creo es que no habrá tenido gran empeño D. Emilio en obsequiar mi deseo. Está bien; yo me guardaré muy mucho de volverle á pedir otro favor, ni de visitarle en mi vida.

Elisa sintió ensancharse su pecho con aquella resolución.

Al principio habia temido que se descubriese algo en la visita que indispensablemente haria su esposo á Landeta; pero aquel temor desapareció al escuchar las palabras que acababa de pronunciar.

Entre tanto Clotilde crecia hermosa, querida y halagada por Inés y D. Emilio, que le amaban entrañablemente.

La esposa de Diego tuvo también á Teresita y Julia, que fueron desde entones los dos ángeles de consuelo, á quienes hemos visto tiernas y cariñosas, no separarse del lado de su tierna y afligida madre, tomando parte en sus penas y en sus alegrías.

Los demas acontecimientos, hasta el momento en que nos encuentra esta historia, el lector tiene ya conocimiento de ellos, y por lo mismo volveremos á tomar el hilo interrumpido al principio de este capítulo.